

L'insula del *Don Chisciotte*

a cura di
M. Caterina Ruta e Laura Silvestri

con la collaborazione di
Laura Nangano e Carola Sbriziolo

Flaccovio Editore

Lingua e testo

Saggi e ricerche del Dipartimento di Scienze filologiche e linguistiche
Università di Palermo

Direttore: Maria Gaetana Rinaldi

Volume pubblicato con i contributi MIUR ex 60%/2002 e 2005 del Dipartimento
di Scienze filologiche e linguistiche e dell'a.i.s.p.i.

In copertina: *Apparizione* (1988) di Beppe Vesco

L'insula del Don Chisciotte / a cura di M. Caterina Ruta e Laura Silvestri. -
Palermo : S. F. Flaccovio, 2007.
(Lingua e testo)

CIP - Biblioteca centrale della Regione siciliana "Alberto Bombace"

Proprietà artistica e letteraria riservata all'Editore a norma della Legge 22 aprile
1941, n. 633. È vietata qualsiasi riproduzione totale o parziale anche a mezzo di fo-
toriproduzione, Legge 22 maggio 1993, n. 159

ISBN 88-7804-412-1

www.flaccovio.com

info@flaccovio.com

© 2007 copyright by S. F. Flaccovio s.a.s. - Palermo, via Ruggero Settimo, 37

Stampato in Italia - Printed in Italy

EL GOBIERNO DE SANCHO: ENTRE EXPERIENCIA Y CONOCIMIENTO

Paola Laura Gorla (*)

En los capítulos de la segunda parte del *Quijote* dedicados a la experiencia de gobernación de Sancho en la ínsula Barataria, Cervantes proporciona a su lector una separación, momentánea y excepcional, de la pareja andante, a través de la creación de dos espacios escénicos, separados aunque relacionados, en los cuales cada uno de los personajes actúa con independencia. Esta dúplice escenografía ocasiona la exaltación definitiva de la personalidad de Sancho, quien, ya desde el episodio de la Sierra Morena (I, 23-27)¹ venía adquiriendo un espesor muy especial y seguramente inimaginable en el momento de su primera aparición.

Recuerdo las primeras palabras que Cervantes dedica a Sancho, por cierto poco honorables: "En este tiempo, solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien -si es que este título se puede dar al que es pobre-, pero de muy poca sal en la mollera (I, 7)".

Y si tal es el primer retrato de Sancho que Cervantes quiere proporcionarnos, el personaje del escudero irá tomando forma a lo largo de las dos partes de la obra según una línea totalmente original y personal. Durante toda la primera parte, la construcción de su personalidad será muy lenta, ya que Cervantes se detiene a refinar la figura del caballero. Pero ya al finalizar el primer libro, el personaje de Sancho va cobrando intensidad, y después de convertirse en el demiurgo del encantamiento de Dulcinea (II, 10), y en el gobernador solitario y único de la ínsula Barataria, alcanza, a la muerte de don Quijote, el nivel de personaje protagonista.

(*) Università di Napoli "L'Orientale"

¹ M. C. Ruta puntualiza, justamente, el hecho de que la nota dominante de la Segunda Parte de la obra, es decir, la teatralización del mundo de la caballería por parte de los personajes que son al mismo tiempo los lectores de la Primera Parte -y por consiguiente el papel más *activo* de Sancho-, se encuentra ya en germen al final de la Primera Parte: "A una lettura più puntuale del testo ci si accorge che l'azione eteronoma di mistificazione della realtà ha inizio nella Prima Parte, e precisamente a metà, al XXVI capitolo (...). Da questo momento, nella Sierra Morena prima e nella locanda di Maritornes dopo, si produce quell'atmosfera teatrale che sarà la nota dominante della Seconda Parte del romanzo, solo che qui essa si creerà saltuariamente e in sordina, con la semplice utilizzazione degli stimoli che le circostanze forniscono da sole" (Ruta, 2000: 22-23).

En un plano literario, el episodio de Sancho gobernador se encuentra insertado dentro de un marco estructural que destaca la independencia del espacio escénico de la ínsula; una distinción tan marcada ha llevado a algunos críticos a relevar una fuerte analogía entre esta estructura literaria y la de las novelas interpoladas (Eisenberg, 2001). Es cierto que Cervantes va llevando al lector hacia una predisposición a aceptar la separación de la pareja andante, al realizar un macro-marco que comprende el marco de la ínsula, y que consistiría en la estancia de los dos en casa de los duques (II, 30-57). Así que el autor empieza a acostumar a su lector a esta separación, ofreciéndole, por ejemplo, a un Sancho conversando a solas con la duquesa y las damas de compañía, en una escena que roza lo paradójico cuando la duquesa le pide que le confirme lo que ella leyó en los libros -es decir, la primera parte del *Quijote* de Cervantes y la segunda apócrifa de Avellaneda-, y se lo pregunta precisamente a él, un iletrado. De hecho, Sancho por primera vez se manifiesta severo para con su dueño, desconfiado y crítico hacia su conducta cada vez más incongruente, hasta disociarse de él.

Poco después encontramos el episodio de la ínsula, que realiza por primera vez la centralidad del escudero, su independencia del caballero andante y hasta del mismo autor o, mejor dicho, su emancipación de lo que el autor quería que pensáramos de él -si realmente Cervantes quería que pensáramos en un "hombre de bien", a su pesar, y "con poca sal en la mollera". Es cierto que, en este sentido, la lectura romántica de la obra, que se reducía a la oposición entre idealista y materialista en la pareja andante, encuentra su negación más firme, ya que esa antinomia negaría el desarrollo de la pareja de personajes protagonistas en la segunda parte, y específicamente del personaje de Sancho.

Pero, aparte de la lectura romántica del libro de Cervantes, en la evolución de la literatura crítica sobre el *Quijote* hay que señalar que sólo en el siglo XX el mundo de la filosofía empieza a interesarse por la obra y a entrever en ella un rastro que es reflejo de esa crisis epistemológica de la que se origina la modernidad. Ya Unamuno y Ortega supieron leer *algo más* en el libro de aventuras cervantino, aunque un punto de sin retorno, pero también de arranque, precisa decirlo, lo marca la iluminada e iluminante lectura de Foucault (1966), así como las páginas críticas de Benjamin (1955) y Agamben (2001), por ejemplo. Y es posible rastrear un elemento que define el cambio de rumbo hacia lecturas metaliterarias del texto y permite aunar sus interpretaciones filosóficas. En primer lugar, todas destacan la presencia en el libro de síntomas de esa crisis de las categorías del saber humano de finales del siglo XVI, es decir, la discontinuidad entre la forma de conocimiento humanístico-renacentista, y la del Barroco. Además, todas se interrogan sobre la relación entre la primera y la segunda parte de la obra o, mejor dicho, todas concuerdan en conferir a la segunda parte un valor añadido, por lo que si la primera parte resulta un libro de aventuras (seguramente *sui generis*) la

segunda se convertiría en un verdadero libro de conocimiento. Pero a menudo, esas perspectivas e interpretaciones filosóficas del texto cervantino giran alrededor de un único eje: el personaje de don Quijote. En realidad, como veremos, también Sancho sigue un camino parecido al de su dueño, pues se puede leer también a Sancho como figura a caballo entre dos formas de saber: el antiguo y el moderno.

Una primera y firme definición de la obra de Cervantes vista como síntoma de la crisis de la cultura renacentista que declina y deja paso a la nueva *episteme* de la modernidad, nos la ofrece como ya se ha dicho Foucault, quien detecta que a comienzos de 1600 va perfilándose un saber nuevo, cuyas categorías lógicas de identidad/diferencia -las que se encuentran en la base del saber enciclopédico, para entendernos-, permiten conocer la multiplicidad infinita de lo real en cuanto tal: multiplicidad. Al contrario, la forma antigua de conocimiento se encerraba en una experiencia de *similitud* o *semejanza* de todas las cosas reales respecto a un modelo u objeto primero -idea platónica- al que se remitían para que el hombre las reconociera en una escala de valoración que se reducía a su mayor o menor *semejanza*. Por ejemplo, el Quijote de Foucault sale por una Mancha del siglo XVII y anda cargado de las palabras del mundo de los libros de caballerías en busca de *semejanzas* o *similitudes* capaces de dotar de sentido real a las palabras de una literatura ya pasada y agotada. Así que los molinos, objetos que pertenecen a una modernidad tecnológica -podríamos decir-, objetos por eso nunca nombrados en los antiguos libros de caballerías, no pueden ser otra cosa que gigantes, por que, en cuanto a dimensiones, resultan *semejantes* o *símiles* a los gigantes, única presencia de grandes dimensiones en los antiguos libros. O más bien: los oropeles hacen a un rey, dice Foucault. Y ¿la relación experiencial que Sancho establece con el mundo que le rodea no es quizás *semejante* o *símil* siempre al contenido de un proverbio? Proverbio que es literatura oral, es decir, que pertenece siempre a una tradición literaria. Así pues, la relación entre don Quijote y la antigua literatura escrita -libros de caballerías- encontraría consonancias en la relación entre Sancho y otra antigua literatura oral: la de los proverbios, precisamente.

El campo de acción de la *episteme* antigua detectada por Foucault es esencialmente finito: un saber de la similitud o semejanza proporciona un campo cerrado en el que *la cosa representante* siempre encuentra su consonancia con *la cosa representada*. Esta es la certeza de don Quijote en cuanto exponente del saber antiguo: él está seguro de que las palabras de la literatura de caballerías encuentran consonancias con el mundo que le rodea, como Sancho está seguro de que existe un proverbio que se adapta a toda circunstancia de vida, aunque a veces tarde un buen rato en encontrarlo. A cada palabra, una cosa, y el saber se encierra en una tríplice polaridad, de *signo representante*, de *representado*, y de la única relación posible entre ambos: la *semejanza*.

Es una experiencia de conocimiento esencialmente cerrada, como cerra-

do era, según Montaigne², el campo de acción de la *episteme* clásica: en un mundo en principio antropocéntrico la única experiencia posible y completa era la de alcanzar la madurez, y la única madurez posible se encontraba encerrada en el interior de la esfera humana, y no podía ser otra cosa que una experiencia de anticipación de la muerte. El saber desde el Humanismo hasta la segunda mitad del siglo XVI fija su axioma entonces en el antropocentrismo, es decir, que la única forma posible de conocimiento se articula en la relación entre el uno y la multiplicidad (y entiéndase por uno, la centralidad axiomática del hombre en el universo, y el mismo universo, en su multiplicidad de formas, es objeto de conocimiento). Esta modalidad epistemológica clásica Montaigne la define *esperienza*, en oposición a la nueva forma de saber que será el *experimento*. El *experimento*, por tanto, cuantitativo en su enfoque y orientado a formular leyes científicas, como veremos, va sustituyéndose a la *esperienza*, una forma de saber apriorística y cualitativa, que encuentra su expresión en la *máxima* de la sabiduría popular: la *esperienza*, entonces, es limitada y finita, es posible asumirla y adquirirla, es algo que se puede *tener*, con palabras de Agamben, en oposición al *experimento*, que sólo y siempre se puede *hacer*. Una forma parecida de saber es, por ejemplo, la de Sancho: Sancho se mueve por el mundo cargado de una experiencia ya adquirida, la de los proverbios, una suerte de saber colectivo de la humanidad, ya asumido y traducido en refrán. El proverbio de Sancho surge entonces como representante de la *episteme* clásica, ya que siempre permite reconocer y catalogar lo real a partir de una experiencia cognitiva pasada, asumida por la humanidad. Lo que distingue esa específica forma de saber es el principio de autoridad: los proverbios tienen autoridad, se pueden considerar una experiencia ya hecha, y por tanto *tenida*.

Gracias a esta autoridad, toda nueva posible experiencia del mundo real no es nueva sino que siempre puede remontarse a un saber adquirido: con el saber de los proverbios, entonces, no es posible *hacer* experiencia, sino sólo *tenerla*. Pero, como ya se ha dicho, la obra de Cervantes representa una discontinuidad entre una forma de saber antigua, o antropocéntrica, y una nueva *episteme*.

Con la llegada de la ciencia nueva, el principio de autoridad se derrumba y ya no encuentra su razón y significado. El concepto de *esperienza* según Montaigne se vacía de sentido y deja lugar a un nuevo concepto: el *experimento*, una forma de experiencia ahora ordenada y madura que primero deduce los axiomas, y luego procede con experimentos nuevos. Se siente la necesidad de una suerte de certificación científica de la experiencia, de su valoración en términos cuantitativos. Y Montaigne, en sus ensayos, demuestra cómo una experiencia, convertida en calculable y cierta, pierde de inmediato su autoridad. Existe una incompatibilidad de fondo entre ley científ

² Al respecto, véase en particular el *Essais* XX de Montaigne.

ca y máxima de la sabiduría popular. En efecto, “l’esperienza -nos dice Agamben- ha il suo necessario correlato non nella conoscenza, ma nell’autorità, cioè nella parola e nel racconto, e oggi nessuno sembra più disporre di autorità sufficiente a garantire una esperienza” (Agamben, 2001: 6). Y sigue Agamben delineando aún más la cesura marcada por la ciencia moderna: “L’idea di un’esperienza separata dalla conoscenza ci è oggi diventata così estranea, che abbiamo dimenticato che, fino alla nascita della scienza moderna, esperienza e scienza avevano ciascuna il proprio luogo, (...) diverso era anche il soggetto a cui esse facevano capo. Soggetto dell’esperienza era il *senso comune*, presente in ogni individuo (è il ‘principio che giudica’ di Aristotele e la *vis aestimativa* della psicologia medioevale...), mentre soggetto della scienza è il *nous* o l’intelletto agente, che è separato dall’esperienza, ‘impassibile’ e ‘divino’” (Agamben, 2001: 12). La ciencia nueva no puede alcanzar la madurez, sólo puede aumentar sus conocimientos. Es una experiencia esencialmente infinita, una experiencia que sólo se puede *hacer*, y nunca *tener*: es el experimento.

Volviendo, pues, a observar al personaje de Sancho a la luz de esas teorías filosóficas de cambio epistemológico, es seguramente posible reconocer en Sancho los caracteres de un perfecto representante de la forma de saber humanístico-renacentista. Y, sobre estas bases, Sancho gobierna la ínsula, llevando al punto extremo las potencialidades y posibilidades cognitivo-experienciales del saber antiguo. Así que, en la ínsula se encuentra en la posición de Salomón, del sabio llamado a dirimir controversias, en el papel del *super partes* del foro romano. La autoridad de su saber apriorístico alcanza el auge de su exaltación, así que Sancho es capaz de escuchar con atención y observar a los contendientes que acuden, para luego buscar en sus recuerdos de experiencias pasadas o de proverbios -ahora y por primera vez congruentemente aplicados y evocados- la solución, a menudo sabiamente ingeniosa, a la contienda.

Mucho tendríamos que decir sobre la capacidad de aplicar congruentemente los proverbios que Sancho conoce, o sobre la casi mágica facultad de Sancho-gobernador para dirimir las contiendas: realmente parece que en el teatro -es decir, la ínsula- Sancho consigue intuir ese mecanismo casi automático que es la máquina para gobernar, que a veces parece funcionar según leyes de mágica casualidad. Y el marco que Cervantes crea alrededor de la ínsula no puede no traer a nuestra memoria una puesta en escena teatral, la puesta en escena del mundo del carnaval, o del mundo al revés, en el que el bufón, por un día, se viste como el rey. Y, como sabemos, Sancho, objeto de burlas o de una puesta en escena que él mismo ignora -y es el único en ignorarla-, sale de la situación con más sabiduría o, por lo menos, nos propone una imagen de sí mismo ya netamente separada y diferente de la “poca sal en la mollera” de su presentación por parte del autor. Volviendo pues a leer la experiencia del gobierno de Sancho con palabras de la literatura filosófica

sobre el *Quijote*, toda contienda que se le presenta a Sancho es una contienda que resulta *semejante* a un proverbio popular o a una experiencia pasada ya hecha u oída por el neo gobernador. Además, el enfoque cognitivo a la nueva contienda siempre participa del conjunto finito de experiencias posibles para el hombre, teorizado por Montaigne, según el cual toda nueva experiencia evoca una experiencia de vida semejante, ya pasada o conocida, pues el acto de conocimiento se encierra entre las dos polaridades del suceso nuevo, y de la experiencia apriorística adquirida a la que éste se parece. Y, finalmente, hay que destacar una aplicación extremada y funcional de ese bagaje cognitivo apriorístico de Sancho -la sabiduría de los proverbios-, cuya autoridad permite reconocer lo nuevo según categorías sedimentadas, referirlo a un caso análogo, y aplicar su autoridad para solucionar la contienda.

Pero resulta que la experiencia de la ínsula, considerada en su conjunto, todavía tiene que enseñar su código secreto. Y, efectivamente, se revela por lo que realmente es: una experiencia nueva porque, en primer lugar, no puede remontarse a un saber apriorístico, a la autoridad de los proverbios, ya que un mundo al revés, un carnaval, nunca puede ser *semejante* a un proverbio o a un hecho real. Así que no se trata de experiencia sino de experimento, no cualitativo sino cuantitativo, es un acto de conocimiento, que se presenta como nuevo y que al mismo tiempo pertenece a un campo de conocimientos infinito; así que nos revela cómo son infinitas las posibilidades de conocer lo nuevo, de experimentarlo, según la terminología de Montaigne.

Y hay que añadir: si Sancho gobierna gracias al sentido común, empero la experiencia de la ínsula en su conjunto se revela como una forma de conocimiento nuevo. Si la estructura jerárquico-social que rige el campo de acción de Sancho-gobernador en la ínsula era de tipo antropocéntrico (el uno y la multiplicidad, el gobernador y sus súbditos), el conjunto de la experiencia de la ínsula lo lleva a investigar sobre la relación entre el sujeto de conocimiento y su objeto o, mejor dicho, entre el sujeto deseante y el objeto del deseo. Ese es el *quid* de la cuestión: la aventura de la ínsula llega a su final en el momento en el que Sancho no se reconoce como sujeto deseante del objeto del deseo que es la ínsula; reconoce que la ínsula, quizá, no era otra cosa que un deseo inducido, e inducido por don Quijote, quien fue el primero en hablar de ese posible sueño para un escudero (y cuidado: no para el Sancho labrador), un sueño que Sancho nunca había acariciado, y que ni se le podía pasar por la cabeza; así que después de diez o más veces que don Quijote le repite a Sancho cuál debe ser el correcto deseo de un escudero de un caballero andante (según cuanto indican los textos de literatura escrita), Sancho, pasivamente, lo acoge como propio, asumiendo entonces totalmente su papel de escudero de la literatura. Así que la experiencia de la ínsula en su totalidad ve a Sancho como sujeto de la nueva forma de conocimiento, que investiga y por lo tanto deshace la relación entre sujeto y objeto, volviendo a cuestionarla. Y es justo en ese momento

cuando Sancho realiza un acto de conocimiento nuevo, un *experimento*, como sujeto de la ciencia moderna.

Pocas cosas, pero significativas, hay que añadir al respecto: en primer lugar, Sancho, que nunca supo domar su lengua, que nunca dejó de hablar -a propósito o despropósito- en cualquier situación en la que se encontrara la pareja andante, por primera vez, cuando toma -dolorosamente, diría- la decisión de dejar el gobierno de la ínsula, se calla. Nos dice Cervantes: "Calló, y sin decir otra cosa comenzó a vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía (II, 53)".

Silencioso y resuelto, por primera vez Sancho no tiene palabras para expresar lo que siente dentro de sí; Sancho conoce algo nuevo y ahora, sujeto responsable del libre albedrío, escoge. Pero aún no tiene palabras, porque, si como dice Foucault, al final el acto de conocimiento no es otra cosa que un acto para restablecer la relación semántica entre palabras y cosas, la cosa es nueva y carece de palabras. Las primeras palabras las dirige a su asno, su compañero de experimento, y entonces casi a sí mismo. "No son estas burlas para dos veces" (II, 53), dice Sancho. Lo que le ha pasado es algo irrepetible, nunca fue y nunca volverá a ser; nunca, según palabras de Agamben, nunca se podrá *tener* una experiencia de ese tipo, y sólo se puede *hacer*, y una sola vez. Esta experiencia no se parece a nada conocido o proverbial, y esta experiencia nunca se podrá asentar para transformarse en un autorizado mandato, útil para una experiencia futura semejante, pues no hay categoría de *semejanza* posible para entenderla.

Sancho ha entendido que el de gobernador no es su lugar, es un papel que le resulta ajeno y que no corresponde a lo que él efectivamente es. Muchas son las referencias que Sancho hace al hecho de que no se reconoce como gobernador. Pero lo que me parece interesante es que Sancho rechaza el papel de gobernador en el preciso instante en el que consigue entender quién es él.

Como ya se ha dicho, creo que Cervantes ha construido alrededor del episodio de la ínsula un marco bien delineado para oponer un *dentro* a un *fuera*; por lo tanto, si volvemos al correspondiente punto de comienzo del marco literario, es decir, al momento en el que don Quijote se aparta con Sancho para darle sus consejos semi-serios sobre el buen gobierno -o su intuición de buen gobierno-, recuerdo las primeras palabras de don Quijote: "Primeramente, has de temer a Dios" (II, 42); el primer mandato del caballero a su escudero es un acto debido: en primer lugar es menester recordar la devoción a Dios. Y sigue don Quijote: "lo segundo, has de poner los ojos en quien eres..." (II, 42). Al respecto, merece la pena detenerse para recordar que Cervantes, en otras ocasiones, se pronuncia sobre la relación entre el *primer puesto* y el *segundo* en una graduación; por ejemplo, en las *Novelas Ejemplares* habla por boca de Vidriera: "Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza y adonde llevé segundo en licencias: (es decir, el segundo mejor alumno del curso): de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dio el grado que

tengo". En otra ocasión, ahora en el *Quijote*, Cervantes se refiere al segundo en la graduación: "el segundo se lo lleva la mera justicia" dice, mientras que "el primero, el favor o la gran calidad de la persona" (II, 18).

Así que podríamos inferir que lo que se encuentre en el primer puesto de una clasificación, está allí por motivaciones exteriores, diríamos -porque la familia del graduado es importante, o porque en primer lugar no se puede no recordar el temor hacia Dios para un buen cristiano-; pero en las graduaciones universitarias, es el segundo el que vale por méritos propios y verdaderos. Por lo tanto es el segundo mandato el que tiene valor, que justamente coincide con el consejo primero, sumo, único y último posible que una divinidad le puede dar a un hombre. Es el *nosce te ipsum* delphiano, suma y compendio de todo consejo posible. Al concluirse la experiencia de la ínsula, lo que Sancho alcanza no es ni más ni menos que el conocimiento de sí mismo: diferente de un escudero que sueña con una ínsula, diferente de un gobernador, aunque aclamado. Aquí es donde Sancho se emancipa de la obra, de su papel de co-protagonista subalterno, de su ser portador de un saber antiguo, para abrirse a la ciencia moderna. Y tal vez Cervantes conozca el alcance de la elección de Sancho: si no, ¿por qué lo habría hecho pasar por una cueva oscura antes de salir del mundo de don Quijote y de los duques? ¿La cueva no representa acaso esa Hades, ese antro oscuro a través del cual sólo los héroes pueden pasar y sobrevivir? Cervantes le reserva a Sancho, ennoblecido por su madura elección, el papel del héroe.

Referencias bibliográficas:

- AGAMBEN, GIORGIO, 2001, *Infanzia e storia. Distruzione dell'esperienza e origine della storia*, Torino, Einaudi.
- BENJAMIN, WALTER, 1955, *Angelus Novus*, Torino, Einaudi, ed. it. 1962.
- CERVANTES MIGUEL DE, 2005, *Don Quijote de la Mancha*, Francisco Rico ed., Madrid, RAE.
- CERVANTES MIGUEL DE, 1991, *Novelas Ejemplares*, Florencio Sevilla Arroyo-Antonio Rey Hazas ed., Madrid, Espasa-Calpe.
- EISEMBERG, DANIEL, Spring 2001, "Sancho gobernador ¿una novela cervantina?", en *Bulletin of the Cervantes Society of America*, XXI, n. 1.
- FOCAULT, MICHEL, 1966, *Le mots et les choses*, Paris, Editions Gallimard.
- MONTAIGNE, MICHEL de, 2002, *Saggi*, a cura di Fausta Garavini, Milano, Adelphi.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, 1984, *Meditaciones del Quijote*, Julián Marías ed., Madrid, Cátedra.
- UNAMUNO, MIGUEL de, 1987, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Ricardo Gullón ed., Madrid, Alianza.

INDICE

Maria Caterina Ruta Prefazione	pag. 5
María Caballero Wangüemert Don Quijote cabalga de nuevo: la andadura americana	» 9
Rosaria Galeota Due <i>isole</i> in Cervantes: Numancia e Barataria	» 27
Antonio Candeloro “La aventura de los batanes” come <i>mise en abîme</i> : don Quijote, I, 20	» 35
Francisco Estévez El <i>Quijote</i> , Modernidad de un Clásico. Notas para una revisión	» 53
Anita Fabiani Dulcinea chimera androgina	» 61
Paola Laura Gorla El gobierno de Sancho: entre experiencia y conocimiento ..	» 73
Claudia Demattè Un desafío de traductología contra los molinos de viento: el <i>Chisciotte</i> de Lorenzo Franciosini	» 81
Antonio Gagliardi Toffanin e Cervantes	» 93
Nicola Palladino Pintura, imaginación y deseo. Le illustrazioni di Dalí al <i>Don Quijote</i> I	» 103

Brigidina Gentile Da Cervantes a Welles: luce su don Quijote	pag. 127
Jesús G. Maestro Sancho Panza y Sansón Carrasco: contribuciones a la teatra- lidad en el <i>Quijote</i>	» 139
Antonia Calderone Literatura española. Homenaje a Cervantes y la lengua española. Año 1978. <i>De un homenaje a otro homenaje</i>	» 151
A. Fabiani, M. T. Morabito, L. Nangano, A. Polizzi Edizioni del <i>Quijote</i> nelle biblioteche di Catania, Messina, Trapani, Palermo	» 163
Maria Luisa Tobar Una tercera parte de <i>Don Quijote</i> del siglo XIX, compuesta por El Bachiller Avellanado	» 177
Cristina Elsa Blake La presencia de <i>El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha</i> en la literatura contemporánea argentina para niños	» 191
Antonella De Laurentiis Ricardo Piglia lector del <i>Quijote</i>	» 201
Stefano Neri Sicilia frente a las islas "de hadas y gigantes" en la biblioteca de don Quijote	» 209
E. Urbina, E. Pasquel, R. Furuta, C. Monroy, J. Deng, N. Audenauert Humanidades digitales, crítica textual y la <i>Edición variorum</i> <i>electrónica del Quijote (EVE DQ)</i>	» 223
Aldo Ruffinatto Presencia y ausencia del <i>Quijote</i> en Italia	» 237

Finito di stampare presso
Eurografica Palermo
nel mese di maggio 2007
per conto di
Flaccovio Editore